

FILMS

DE AMOR

ROBO LEGAL



Núm.
190

25
CTS.

BEBÉ DANIELS

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
CALLE VALENCIA, 284 - APARTADO 707
Sociedad General Española de Librería

BARBARÁ, 16

BARCELONA



AÑO V

Núm. 190

ROBO LEGAL

Adaptación en forma de novela de
película del mismo título interpretada
por la genial actriz cinematográfica

BEBÉ DANIELS

.....
E X C L U S I V A S

CINÆS S. A.

Vía Layetana, 53 Barcelona

.....
REPARTO

Marion Dorsay BEBÉ DANIELS
Andrew Dorsay Lowell Sherman

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



YA

está a la venta la
obra cumbre del año

HISTORIA DE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA

1921


De la Dictadura a la Revolución

1931

La HISTORIA completa constará de tres volúmenes. - Es autor de este alarde editorial el culto literato *E. Moldes*. - Precio: 1'25 pfs.

Pedidos a Biblioteca Films. - Apartado 707
B A R C E L O N A

Si no lo halla en su localidad, sírvase pedirnoslo antes de que se agote. Remita cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.



ROBO LEGAL

A los cinco años de casados, la pareja Marion y Andrew Dorsay, constituía un canto a la dicha del matrimonio, esa dicha que para muchos es punto menos que imposible el poder lograr. Se amaban con la ilusión de los primeros días y se esforzaban mutuamente en hacerse la vida lo más agradable posible. Su posición era desahogada y un pequeño había venido a colmar tanta ventura. Pero... siempre el maldito pero... como consecuencia de un viaje que hubo de emprender Marión, quedó Andrew todo el tiempo que aquel duró, solo en la gran ciudad, con sus peligrosas vámpiras...

Y fué una de éstas, Vivian Hepburn, la que le aprisionó en sus garras y puso en peligro la paz del hogar y la honorabilidad que debe ser compañera de todo comerciante, amante de su prestigio. Mas a que llenar párrafos descriptivos, si ellos mismos, con sus

palabras, van a revelarnos cuál es la situación del hogar, en el quinto aniversario de haberse constituido. Veámosles sonrientes, regresar de la Opera. Al franquear el dintel de su casa, apoyada del brazo de su marido. Vivian está radiante de hermosura. Se detiene unos instantes a contemplar la belleza del cielo estrellado y exclama, aprisionando entre las suyas una mano de Andrew.

—Noche ideal, que eterniza nuestra luna de miel... maravillosa, ¿verdad Andrew? Como nuestra vida de casados, la cena ha sido estupenda, la función colosal, como todo lo que tú organizas...

—Sí, como todo lo que sé ha de gustarte, Marión.

—Pero pareces preocupado, Andrew—dijo Marión una vez ya dentro de la casa y mientras se despojaba del abrigo, apareciendo aún más encantadora.

Y luego insistió:

—Pero callas. Dime, ¿te ocurre algo?

En este momento, sonó el timbre del teléfono y Andrew corrió solícito hacia el aparato. Era Vivian la que le llamaba.

—Dime, Andrew, ¿por qué no has venido a verme...? Te he llamado más de tres veces en el día de hoy, ya sabes que...

—Me es igual, Vivian... comprendo tu amenaza, obra como te plazca... pero hoy, me es imposible venir.

No era tonta Marión y por la respuesta de su marido, comprendió poco más o menos en qué sentido se había desarrollado la conversación. Así es que se le acercó, sin demostrar su encono y le dijo:

—Sospecho que durante aquellos tres meses que hube de permanecer al lado de mi madre enferma, ocurriría algo... y a eso se debe tu semblante preocupado, precisamente en un día como el de hoy...

—Sí, Marión *algo* ocurrió, pérdidas en el negocio, algunas operaciones desgraciadas...

—¿De veras Andrew, que fué solamente cosa del negocio...?

—Bien sabes que no sé mentirte, ni ocultarte nada, Marión... fué como tú insinuas, algo más... una mujer...

—Pues quiero conocerla, quiero saber cómo es la otra, la que me ha robado tu cariño.

—¿Para que, si solo tú eres mi amor? Además, la he dejado ya... Cuando tú regresaste, reñí con ella... Comprenderás que hubo dificultades, no es tarea fácil desprenderse de una mujer así...

—Pero ya no la amas, ¿verdad Andrew?...

—No, bien mío... ni la amé jamás, fué solo un pasatiempo, que en mi corazón no dejó huella alguna.

—Marión, antes de casarnos, cuando tú eras mi secretaria, demostrabas, siempre que la conversación recaía sobre los hombres, un

perfecto conocimiento de su psicología, de modo que no es posible que puedas suponer que yo puedo amar aún a una mujer como Vivian Hepburn.

—Sin embargo, me equivoqué; he de confesarlo... creía que había encontrado al que había de serme eternamente fiel... No puedes ocultarme que ella insiste en quererte ver, ¿por qué razón?

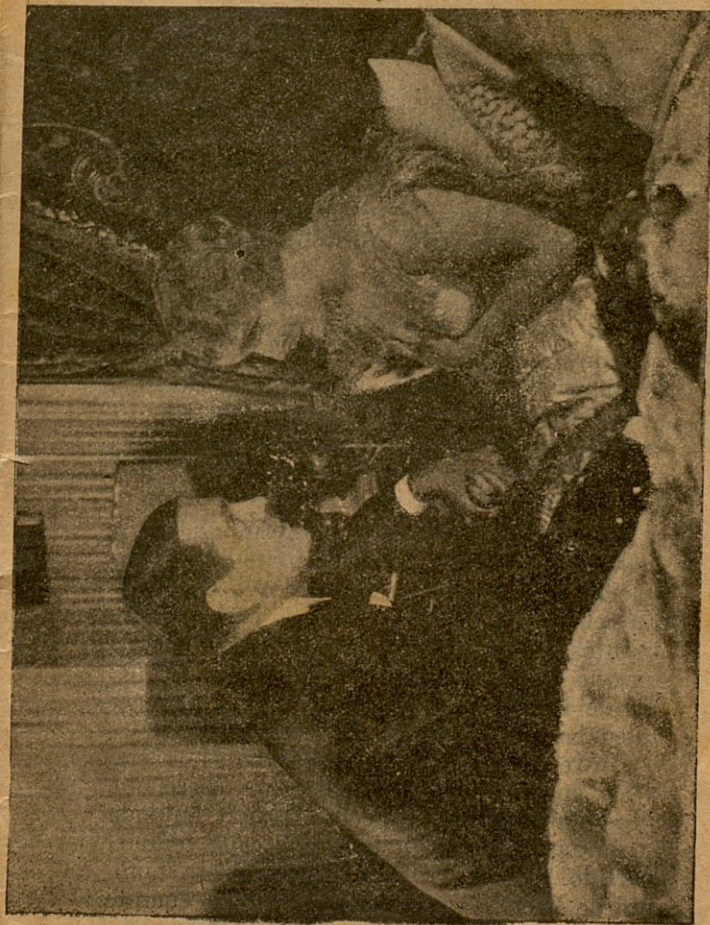
—Seguirá refiriéndote la verdad, Marión. Al reñir y para librarme de ella, le entregué un cheque de 25,000 dólares contra nuestra sociedad y sabiendo yo que en aquel momento no alcanzaban a tanto los fondos...

Hoy en día, el cheque no podría tampoco ser pagado, de modo, que si ella quisiera, podría meterme en la cárcel.

—Solo existe un camino... yo he de salvarte, Andrew... Esta mujer podría arruinarte a ti y ser nuestra perdición, la muerte de nuestro hogar...

—Tal vez, Marión. Su esfera está en las reuniones que da, a las que acude gente rica y donde se juega fuerte... en fin, para hablar con mayor claridad, una timba elegante...

—Quiero conocerla; me has de decir donde vive, Andrew. Tengo mi plan y por nada del mundo dejaría de tomar de ella cumplida venganza.



— Pero ya no la amas... ¿verdad?

—Ella vive en la Avenida del Parque, 450.

—Dime su nombre...

—Vivian Hepburn.

—Pero dime, Marión, ¿qué piensas hacer...?

—¡Ni yo misma lo sé! Déjame hacer.

Momentos después, Marión empezaba en silencio los preparativos de su plan de venganza. En el interín, no estará de más que con la facilidad propia del narrador, franqueemos la puerta de la misteriosa y elegante mansión de aquella vampiresca. El lujo más refinado reinaba allí, pero bien pronto se advertía, que más que calor de hogar, había allí la presentación teatral de un casino, de una casa de juego clandestina...

Al ir avanzando la noche, empezaban a acudir a casa de Vivian los invitados. Todos hacían gala de que presentían que en aquella velada, iban a desquitarse de pasados quebrantos en el juego. Pero todos convenían en que era sobrenatural la suerte de la dueña de la casa, que al fin y a la postre, se quedaba con el dinero de todos ellos...

Entre los contertulios destacaba Harrison, Juez, entrado ya en la cuarentena, pero que presentaba aún el aspecto de una cuidada segunda juventud, a la que sacaba todo el partido posible. El juez Harrison era hombre de buen corazón, que de vez en cuando

y en forma extraoficial, se permitía aconsejarla bondadosamente. Al ver que empezaba a armarse la timba de cada noche, hubo de decirle:

—Pero Vivian, ¿cómo ha tenido usted la idea de organizar un negocio como este...? Observo que usted ha variado desde hace algún tiempo...

—Pero, mi querido juez, quiere usted arruinar la reputación de mi casa.

—Es que observo, que además de jugar con dinero, se permite usted también el jugar con el corazón de los hombres.

—Me gusta la vida orlada de emociones, amor y dinero... Dos cosas valiosas que son mi pasión.

—Pues a mí personalmente, me gustaría verla alejada de estas dos pasiones que conducen siempre a un fin fatal.

—Querido mío, ¿acaso insinúa usted que si yo aceptara ser su esposa, podría iniciar una vida muy diferente? Es ya tarde y esta vez se lo digo muy en serio. He encontrado ya a mi hombre y le amo con frenesí.

—¿Es Guy Tarlow?—insinuó el juez Harrison.

—Sí y le prometo que jamás supuse que se podía estar tan enamorada.

—No olvide usted, Vivian, que sea la que fuere su decisión, yo siempre me consideraré su mejor amigo.

—Ja... ja...—exclamó Vivian enseñando dos filas de hermosos y nacarinos dientes y agregó...

—Ahora, señor Juez, veo que defiende su propia causa...

En este momento entró en el salón, vestido a la última moda masculina, Guy Tarlow, el amor de Vivian. Hombre de mundo que tenía el don de agradar, cuidaba el aspecto de su persona con refinamiento. Su sonrisa, algo cínica, le permitía demostrar una sangre fría, que en algunos momentos le costaba fingir.

Viendo Guy que el juez hacía ademán de retirarse, Guy se le acercó y deteniéndole ceremoniosamente le dijo:

—No se vaya usted, no temo a mis enemigos, no quiero aprovechar la ventaja de hallarme solo... muchas veces he vencido delante de mi propio rival...

Luego dirigiéndose a Vivian, le dijo:

—Creo que esta mañana me ha telefoneado usted varias veces...

—Sí, era para decirle que le odio—dijo Vivian...

Guy sonrió, sabía de sobras que el odio en la mujer, es muchas veces la máscara del amor.

—Entonces—agregó Tarlow—me siento satisfecho de que no me haya encontrado en casa, ¿y qué piensa usted hacer ahora...?

—Pues flirtear... siempre flirtear...—dijo Vivian, aparentando una calma y una indiferencia que estaba muy lejos de sentir...

—Tal vez querrá usted decir que está deseando seamos unos perfectos amigos... —dijo Guy Tarlow...

Vivian le miró sonriendo y como si se refiriera a una tercera persona, agregó sin mirar a Tarlow...

—Sí, habré de reconocer al fin, que Guy es el único hombre que juega conmigo, que goza humillándome... porque sabe que le...

—Que le amo —añadió socarronamente Guy.

Una criada se acercó a Vivian, diciéndole:

—Una señora joven desea hablar con usted. Dice ser la nueva secretaria, que manda la agencia de colocaciones de Miss Janette.

Vivian dijo a Guy:

—Quédese, deseo conocer su opinión sobre la nueva secretaria que me auxiliará en varios de mis trabajos...

Así lo hizo Guy y Vivian se adelantó a recibir a la recién llegada, que permanecía en el dintel de la puerta, esperando respetuosamente. No queremos mantener al lector en la duda y a fuer de sinceros con él, le diremos que se trataba nada menos de Marion, la esposa de Andrew. Valiéndose de una estratagema que le sugirió el saber que

Vivian buscaba una secretaria, pudo lograr que la agencia le mandara a ella, con preferencia a otras y de este modo y con el supuesto nombre de Miss Arden, logró entrar en casa de su rival.

—¿Es usted la señorita Arden? Muy bien —dijo Vivian—. Ahora desearía saber qué impresión le causo yo, qué opina de mi casa?

—En la agencia me informaron cumplidamente y ahora permitirá la señora Hepburn que a mi vez le pregunte también qué impresión la he producido...

Vivian, que había quedado encantada de la belleza y excelente presencia de Marión, le dijo:

—Sencillamente, que estoy segura de que sabrá secundarme... Trabajar a mi lado requiere una inteligencia poco vulgar y estoy segura de que usted la posee.

—Procuraré, siempre, interpretar sus órdenes lo más acertadamente posible.

—¿Ha trabajado usted como secretaria?

—Sí, señorita Hepburn, pero siempre trabajé con hombres, hasta que me convencí de que son ellos los que deben trabajar para las mujeres.

—Apruebo esta opinión — asintió Vivian sin comprender la indirecta que la frase envolvía...

Luego y sin dejar de mirar a Guy, que



La galantería no pasó desapercibida para Vivian

observaba con atención a la nueva secretaria, siguió preguntando:

—¿Es usted casada?

—Me divorcié...

—¿Divorciada? ¡Magnífico! — exclamó Vivian... agregando:

—Con su belleza, merecía mejor suerte...

—No todos podemos comerciar con nuestra belleza—contestó rápida Marión.

—Señora, espero que será usted aceptada. Vivian necesita personas de la elegancia y la inteligencia de usted. ¡Será tan agradable verla siempre aquí!

La galantería no pasó desapercibida para Vivian, que estaba siempre pendiente de las palabras de Guy. Por eso se permitió añadir:

—A mí no me causa sensación—replicó vivamente Marión.

Ya en el interrogatorio, siguió inquiriendo Vivian.

—¿Sabrá usted jugar a cartas, verdad...? Pues precisamente para eso la necesito, ya que acostumbro a dar reuniones en las que, para pasar el tiempo, organizo algunas partidas de poker... No se apure, en caso de que pierda, yo pagaré...

—Ah, pues en este caso, gustosa jugaré y me arriesgaré...—exclamó Marión, que empezaba a comprender, pero que estaba dis-

puesta a secundar a su rival, para poder llevar adelante su venganza.

—Deberá usted hacer cuanto yo haga... pero no le está permitido enamorarse del hombre que es toda mi ilusión—dijo la vampiresca.

—No soy voluble, señora.

—Así, pues, creo que estamos casi de acuerdo.

—Entonces, ¿me toma usted? — Marión preguntó.

—Solo falta la aprobación del señor Dorsay, que es quien paga mis facturas. También yo podría satisfacerlas, pero si alguno se empeña...

—Sí, señorita, no ignoro que hay hombres que pagan las facturas de *otras mujeres*.

—¿Se refiere usted a las que roban el esposo a otras...?

Vivian no se dió por aludida, pues estaba muy lejos de suponer ante quien se hallaba y acompañando a Marión hacia el escritorio, le dijo:

—Permítame que pruebe sus aptitudes, voy a dictarle una carta.

Se instaló Marion frente a Vivian, con el cuaderno de notas taquigráficas y la vampiresca dictó lo siguiente:

—Muy señor mío: Las facturas que han sido cargadas en la cuenta del señor Andrew Dorsay hasta primeros de mes, serán satisfe-

chas por dicho señor. Las demás, no serán pagadas, desde dicha fecha u otra posterior. Haga, pues, lo necesario para retirarlas. Suya atenta y s. s. Vivian Hepburn. Ahora ponga la dirección: Señor Andrew Dorsay, calle del Pino 28, Nueva York.

No necesitaba más evidencia Marión, para comprender en qué forma había caído Andrew en las garras de aquella mujer, que no soltaría tan fácilmente su segura presa... Sus ojos cerráronse y sintió como si el ánimo le flaqueara... Llevóse las manos a la cabeza, como si fuera a desmayarse...

—¿Qué le pasa?—preguntóle Vivian...

—Nada, un poco de jaqueca...—respondió Marión.

—Su cuarto está arriba, al final de la escalera.

Marión comprendió que debía retirarse y echó escaleras arriba hacia su gabinete de labor. Momentos después, cuando hubo desaparecido, Guy dijo a Vivian, con acento de sutil ironía...

—Es una buena adquisición, supongo que ya forma parte de nuestra familia...

—No creo que la palabra familia sea la más apropiada para designar a una secretaria—replicó vivamente Vivian, agregando:

—Hágame el favor, Tarlow; averígueme los informes de Miss Arden...

Salió Tarlow a cumplir el encargo de Vivian y momentos después de haber salido, penetra Andrew, que venía en busca de Vivian, para saber qué norma de conducta iba a seguir la temible vampiresca.

Cuando ésta le vió, le saludó con las siguientes palabras:

—Supongo que debes venir a retirar tu cheque, ¿no es esto?

—Es preciso que esperes, bien sabes que estoy arruinado y no eres tú ajena a esta triste situación, Vivian.

—Pues te prevengo que mandaré el cheque al cobro y entonces sabrás quien soy yo y cómo las gasto. ¡Veremos qué pasa, cuando digan que no tienes fondos con que cubrir tu firma...!

En este punto la conversación, acercóse a los dos ex-amantes el bondadoso juez y Andrew le preguntó angustiado:

—¿Cree usted que me mandará a la cárcel...?

—Ya conoce usted a Vivian... es muy capaz de hacerlo... Yo trataré de disuadirla, pero dudo de que lo consiga.

Decidido a no separarse de Vivian hasta lograr convencerla de que no llevara a la práctica sus amenazas, Andrew fuese al teléfono y llamó a su casa...

—La señorita ha salido y no ha dicho adonde iba—le dijeron.

Le extrañó la respuesta de la doncella, pero la más inesperada la halló al volverse, después de colgar el auricular... Allí a dos pasos de él estaba Marión, como si fuera gente de la casa...

—Pero Marión, ¿qué significa esto? Lo podía esperar todo... menos encontrarte aquí...

—Nada debe extrañarte... me he colocado de secretaria particular de tu amiga, así tal como lo oyes... por más que te asombre... Durante varios años le has entregado nuestro dinero y ahora trato de cobrarme de ella... de modo que no me moveré de aquí hasta que logre mi propósito.

—¿Pero, insistes en quedarte aquí...?

—Sí, y es del todo inútil que insistas en lo contrario... Si alguna vez me amaste, ocultarás a todos quien soy y prepárate para ayudarme cuando yo lo necesite...

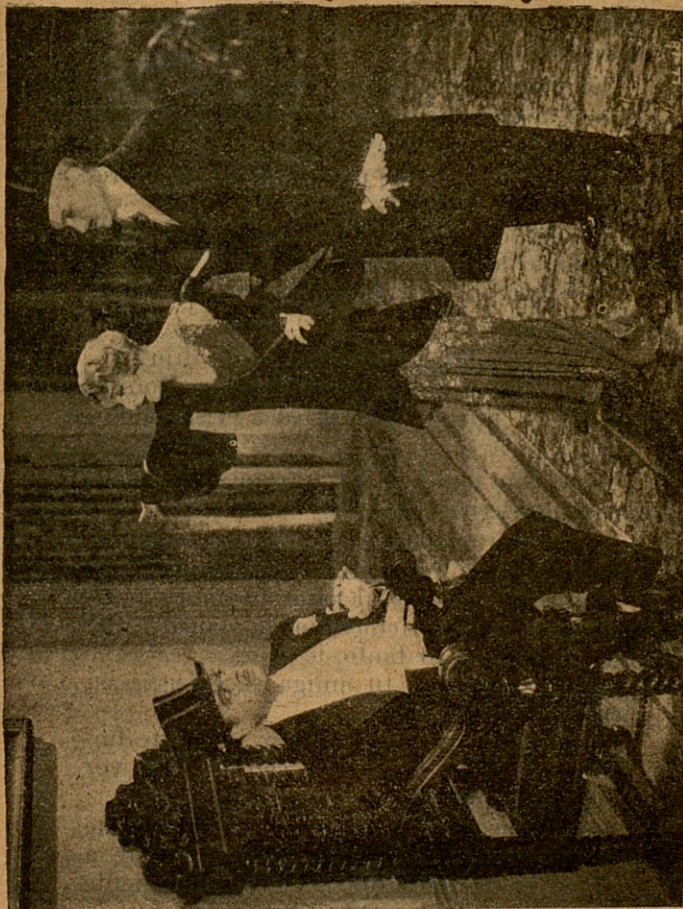
—Pero estás cometiendo la mayor de las imprudencias.

—Todo lo que sea necesario para salvar a nuestro hijo, a ti y a mí.

Cortó la conversación la entrada de Guy Tarlow, que regresaba de obtener los informes de la supuesta Miss Arden.

—Ya tengo informes de Miss Arden—dijo a Vivian, que salía en aquel momento de una habitación contigua al salón y agregó:

—La propia dama que la recomendó ha dado excelentes referencias; dice que su ac-



tividad y laboriosidad están por encima de todo elogio...

Entonces Vivian volvióse hacia Andrew, que al aparecer la vampira se había separado de junto a su esposa, y le dijo:

—Andrew, ¿qué le parece mi nueva secretaria...?

—Estupenda — respondió el interpelado, fingiendo a las mil maravillas.

—Pues entonces, queda usted aceptada — dijo Vivian.

Y dirigiéndose a "Miss Arden" le dijo:

—Sea usted amable con el señor Dorsay, ya que en mucho debe usted a él su colocación...

—...Y a mí, por los informes, me debe usted una cena—dijo Guy a Marión.

—Es cierto—terció Vivian...—. Pueden ustedes cenar juntos; yo no me opongo.

Retiróse Marión y al pasar junto a su marido, en ese afán femenino de vengarse del que la hizo sufrir tanto, le dijo:

—¡Ya ves como tu amiga se esfuerza en arreglar *algo* para mí...!

Acusó en su rostro Andrew la fuerte impresión recibida y Marión continuó en voz baja y sin que nadie se apercibiera...

—Tu cheque está en aquel sobre que me dió para echar al correo... ahora tú vete a casa y cuida del niño... Es absolutamente

necesario que me obedezcas para que mi plan tenga el éxito que espero.

Obedeció Andrew... era preciso que sufriera aquella humillación de su sufrida esposa, que no se resignaba a ser despojada y robada por una vampiresca...

Pasaron tres semanas y Marión seguía desempeñando a las mil maravillas su papel de secretaria de Vivian Hepburn. Durante este tiempo, fué viendo claramente cuál era la clase de vida que llevaba la vampiresca y cómo cazaba a las incautas víctimas que, como su marido, caían bajo el hechizo de aquella mujer fatal. Cada noche, ante los asqueados ojos de Marión sucedían invariablemente las mismas escenas. Todos los contertulios llegaban con la esperanza de ganar, pero invariablemente, la que se llevaba su dinero, era Vivian...

...y Marión sentía un asco invencible de la vida aquella, cuando Vivian la felicitaba por el acierto con que había llevado su mesa de juego... Sin embargo, su plan de venganza iba por buen camino, aún cuando había tropezado con la necia caballería de su marido, que apesar de tener el cheque en su poder no quería destruirlo.

—¿Pero es qué no quieres destruir para siempre el porvenir de tu hijo?... Piensa que con su destino, que está en tus manos, no puedes jugar...

Estas y parecidas palabras le decía continuamente Marión aprovechando las ocasiones en que podían hablarse a solas. Era en estos momentos, cuando Andrew solicitaba el perdón de su esposa y le suplicaba que dejara de vivir en aquella casa; pero ella, fija en la mente la idea de su venganza, insistía en continuar. Los celos habían llegado a ser una tortura para Andrew, que veía como Guy Tarlow hacía el amor a su esposa y ésta, según todos las apariencias, le hacía caso. Pero en su alocado discurrir no veía el marido culpable que éste era un detalle más en el plan de Marión.

Entre Marión y Guy se desarrollaban, en las veladas famosas de casa de Vivian diálogos como el siguiente:

—Señor Guy, ¿por qué razón no juega usted al billar con Vivian, que le ha reclamado varias veces, después de terminada la partida de poequer?

—No, Miss Arden; lo que yo desearía eternamente es no moverme de su lado.

—Bah... estas frases causarían impresión a quien no supiera que es usted un galanteador irresistible...

—No, Miss Arden; mi amor es sincero esta vez, pues he logrado adivinar a través de su elemento... si soy un galanteador, es por no haber encontrado aún la mujer ideal...

—No puedo creerle, sé que entre usted y Vivian existen lazos muy fuertes...

—No me interesa para nada Vivian, créalo usted, Miss Arden... esa mujer ya nada significa en mi vida...

—Pero si es cierto que usted me ama, Guy... ¿cómo se lo diremos a Vivian?... Se pondrá furiosa...

—Mejor, así podré... así podré...

—Acláreme usted estas palabras —exigió Marión, que veía la ocasión propicia para asestar a su rival un golpe definitivo...

—Pues sencillamente, Miss Arden, voy a referirle la verdad... Vivian se fijó en mí para convertirme en una de sus víctimas... y creyéndome enamorado locamente de ella, para corresponder a la pasión, se enamoró a su vez de mí, perdidamente... y si yo continuo frecuentando esta casa, es sencillamente porque quiero burlarla, como ella se burló de Dorsay y de tantos otros cándidos... No soy un ladrón profesional, pero quiero recuperar el dinero que ella robó con sus trampas en el juego... El amor que me tiene será mi instrumento de venganza.

—Estas son también mis ideas y trato de ayudarle, ¿qué he de hacer...?

—Desvalijar la caja de caudales que ella tiene escondida detrás de aquel cuadro—dijo Guy.

—Pues mientras realizamos nuestro plan,

yo le confesaré que nos amamos y que vamos a casarnos, ¿no es cierto Tarlow...?

—Sí—replicó éste y aparentó indiferencia, pues en aquel momento, Vivian entraba en el salón. Marión fué a su encuentro y con la alegría del que va a hundir un cuchillo en el corazón de su peor enemigo, le dijo:

—Señorita Vivian, una gran noticia, que quizá le sorprenda; voy a casarme con Tarlow... Sencillamente, él me ama y me ha preguntado si quería ser yo su esposa.

Recibió Vivian todo el golpe sin inmutarse y dirigiéndose a Guy, que se hallaba en un ángulo de la estancia, le dijo:

—¿Otra de tus bromitas, eh?

—Esta vez no bromeo, Vivian... Voy a casarme con Miss Arden...

Ciega de rabia, Vivian se dirigió a Marión, inleopardola:

—De modo que usted, cómplice de mis timos en el juego y sabiendo que amo con pasión a Guy, se atreve a provocarme y quiere arrebatarme lo que más amo al mundo. Sepa, Miss Arden, que no tiene usted derecho a robar el amor de otra mujer.

—Tal vez—dijo Marión... pero usted lo ha hecho varias veces y les ha robado usted al amor de sus esposas y de sus hijos y por dinero, no por amor. ¿Qué era Andrés Dorsay cuando usted lo conoció...? ¡Un hombre casado, un buen marido y excelente padre,

un honrado hombre de negocios...! Y que es ahora un fracasado, al que sus amigos han abandonado, de cuyo lado ha desertado su propia esposa... Si usted me reprocha a mí, ¿qué no podría decirle a usted la esposa de Andrew...?

—Recoja sus cosas y márchese de mi casa—gritó fuera de sí Vivian, que jamás se había visto tratada de aquel modo, combatida con la luz y la fuerza de la razón...

—Comprendo que mis fulminantes acusaciones son terribles para usted, pero reconozca que son ciertas.

El juez Harrison entró en aquel momento procedente del salón de billares y atraído por el ruido de las voces y la discusión. Juzgó en el acto y dijo tomando del brazo a Vivian:

—Vamos, cálmese; la llevaré en mi coche a dar un paseo, que le aplacará los nervios.

Salió Vivian acompañada del Juez y tan pronto hubo desaparecido, Marión y Guy empezaron a saquear la casa de Vivian. Cuando hubieron recogido el botín, Marión dijo a Vivian que subiera a las habitaciones superiores en busca de un abrigo que utilizarían como envoltorio y aprovechando este momento, desapareció, tomando rápidamente un taxi...

Pero en aquel momento regresaban el juez y Vivian, y Guy saltó en el auto que éstos cupaban diciendo:

—Pronto, sigan aquel taxi... ahora les explicaré el porqué...

Mientras duraba la persecución, Guy les refirió que Miss Arden se había fugado con importante botín. En tanto, ésta llegaba a casa de su marido, que no supo explicarse su inesperada presencia.

Pero ella con gesto triunfador díjole:

—¡Te traigo un regalito...! Estas alhajas y este cheque son mi sueldo de secretaria...

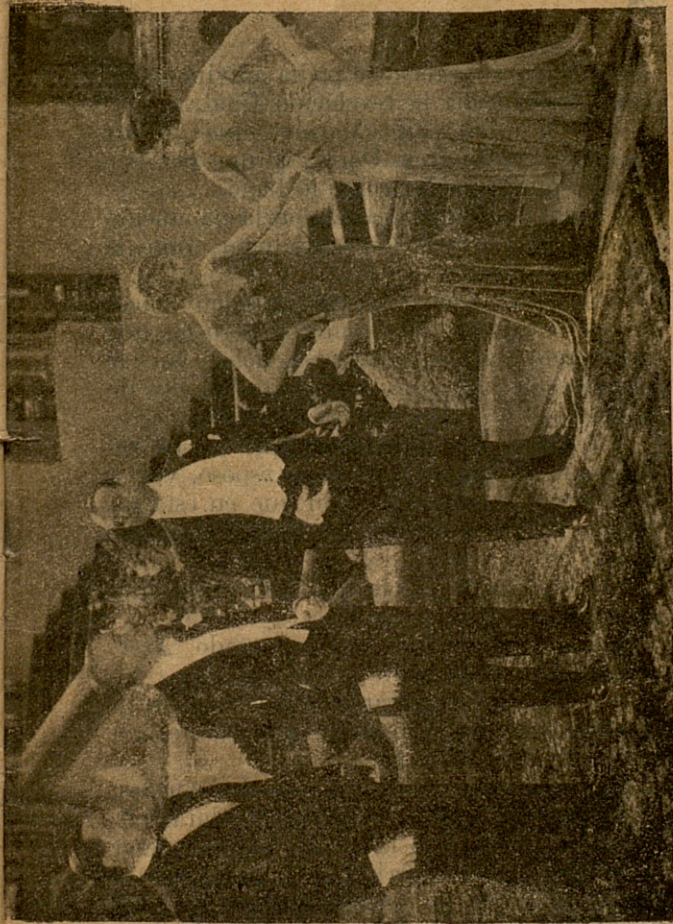
—No—dijo él, comprendiendo al fin—, esto es un gran robo que podría costarte el ir a la cárcel. Marión, tú no has reflexionado al cometer esta locura.

Pero la conversación de los dos esposos quedó cortada al penetrar los perseguidores de Marión, o sea, Guy, Vivian y el Juez... Pero éste, siempre prudente, se quedó en el recibidor...

—¡De modo que robándome!—gritó fuera de sí Vivian...

—Sí—respondió con calma Marión—; pero este ha sido un robo legal... Además, el verdadero ladrón es aquí Andrew Dorsay... Sí, un ladrón de los que roban el dinero a sus propias esposas, para regalarlo a sus amigas... No podía encontrar en usted mejor compañera... usted, otra ladrona... ¡las cartas marcadas que me llevé de su casa así lo demuestran...!

Y Marión las iba exhibiendo, demon-



—Sepa usted que yo soy la esposa de Andrew Dorsay...

do que por el reverso se podía adivinar cuál era. Pero faltaba la revelación final...

—Sepa usted—dijo Marión—que yo soy la esposa de Andrew Dorsay y que por este motivo puedo hablar como lo hago...

El juez que había entrado en la habitación donde esta conversación tenía lugar, tomó la palabra y dijo:

—Mujeres como Vivian, pueden hacer perder la cabeza a los hombres, pero las que son como Marión, pueden y deben luchar por rescatar lo que es suyo, ante los ojos de todos.

—Ahora—dijo Marión...—que ya he recuperado lo que robaron a mi esposo, voy a devolver el sobrante y sepan que en esta casa, ya ninguno de ustedes tiene nada que hacer.

Salieron todos y solo quedaron Marión y Andrew...

Este estaba confuso y avergonzado. Acercóse a ella timidamente y le dijo:

—Ahora me explicarás el por qué de tu extraño proceder y cómo ha sido que te han visto con Guy Tarlow...

Marión gozóse en el tormento de los celos, que por otra parte, la demostraban claramente que su esposo aun la amaba y que a pesar de cuanto había ocurrido, aún podía contar con el amor de su esposo, que en realidad nunca había dejado de poseer. Era el triun-

fo de la mujer que ha visto su hogar en peligro y que por él ha sabido luchar con ánimo y decisión extraordinarias.

En aquel instante pasaron por la mente de Marión todos los dulces recuerdos de sus primeros días de amor. Las primeras entrevistas en el parque de atracciones; la corte asidua que Andrew la hizo; los humildes pero sentidos y constantes obsequios. La mejora en el sueldo y en la posición comercial de su marido, de cuyos progresos era el amor hacia ella, la más poderosa de las instigaciones. No podía ser, pensaba Marión, que un hombre así me haya olvidado...

Pero Andrew la interrumpió al preguntarla:

—¿No has oído mi pregunta?... Quiero saber por qué razón te has introducido en esa casa... de Vivian y Guy Tarlow.

—Sencillamente, para vengarme solamente; no ha habido otra razón y nada ha logrado hacerme apartar de mi línea de conducta. Ya bien claro lo he dejado entender, y mi forma de proceder, no se hacía ver más que el lado práctico de mi empresa: castigar a Vivian y obtener de nuevo el dinero que te había robado con sus artimañas de cortesana profesional.

Comprendió Andrew que su esposa tenía razón sobrada y hasta observó que el insulto "cortesana profesional" que Marión aplicaba

a Vivian, no le producía el menor efecto....

—He de confesar, Marión, que eres una mujer de talento y a mí mismo debo verificar esta confesión. A ti he de decirte que comprendo ahora que yo no podía amar a Vivian, ya que a tu lado, junto a tu noble conducta que ahora resalta y brilla más a mis ojos, la asquerosa vida de Vivian aparece en toda su repugnante realidad.

—Celebro que al fin veas claro con los ojos del alma, que para un hombre casado, no puede existir otra dicha que la que proporcionar un hogar feliz y la satisfacción del deber cumplido, con toda la plenitud de una conciencia honrada...

—Sí, Marión, eres la más buena de las mujeres, y no comprendo cómo yo he podido caer como un colegial o un provinciano en manos de una de esas desgraciadas criaturas, que hacen del amor una mercancía. Veo claro que Vivian era jugadora con trampa, timadora y ladrona de mi felicidad, como hombre y como marido...

—Eso os pasa a los hombres. La diaria dicha, la ilusión de un momento, puede hacerla olvidar, pero luego, como pecador arrepentido, al ver que sólo existe el peligro y el hastío, donde suponíais se hallaba la suprema felicidad, os hace volver al recto sendero, y menos mal, si, como en nuestro caso, es todavía tiempo de implorar el perdón, sano de

alma y cuerpo. Así son las lecciones de la vida, que por lo duras, son las que más aprovechan.

—Eres adorable, Marión; habla por tu boca la experiencia de la vida y la verdad, y por eso tus palabras quedan grabadas en mi corazón para toda la vida...

—¿Estás seguro de ello, Andrew?...

—Segurísimo —dijo éste, con pasión—. Comprendo que a veces el diablo toma figuras tentadoras para hacernos faltar a nuestros deberes...

Marión calló, emocionada, al verla mirada de perdón que le dirigía Andrew. Este, arrodillándose a sus pies, le dijo:

—Perdónámé, que bastante me has hecho sufrir con los celos que me daba Guy Tarlow... ¿No eres capaz de olvidar?...

—Sí—respondió la buena esposa, que jamás había dejado de amar a su marido... pero tú júrame que olvidarás para siempre a Vivian y no volverás en tu vida a tocar una carta...

—Lo juro—dijo Andrew, mientras sus labios buscaban los de Marión, para sellar el juramento...

...y en aquel nido de amor volvieron a batir las alas de la felicidad y sonaron triunfantes besos de pasión, de locura, largo tiempo contenidos en espera de la nueva dicha...

FIN

PUBLICACIONES DIVERSAS

30 céntimos ejemplar

Pasado, presente y porvenir
por las rayas de la mano
Lo que dicen las pantorrillas
La vuelta alrededor del mundo
del "Conde Zeppelin"
Como debe escribirse al ser adorado
Los de Gutierrez en la Exposición
El Perfecto Galante
Tenéis el cabello castaño?
Es usted rubia? Es usted rubio?

25 céntimos ejemplar

Verdadera interpretación de
los sueños
Chistes buenos
Chistes malos
Chistes y colmos
Cuenticos baturros

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 Barcelona
Remite el importe en sellos de correo, añadiendo cinco
céntimos para el certificado.

3

han sido los últimos éxitos
logrados por Ediciones

BIBLIOTECA FILMS

LA MARSELLA

John Boles - L. Laplante

EL EMBRUJO DE SEVILLA

M. F. Ladrón de Guevara

LA ÚLTIMA ORDEN

EMIL JANNINGS

Adquiéralas Vd. hoy mismo

Precio del tomo: UNA ptas.

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films-Apartado 707-Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis